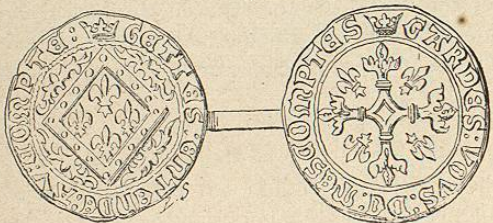


ranzas á Carlos VII, quien contando con las discordias de sus enemigos; creyó que podría expulsar á los ingleses de Normandía y hacerse consagrar en Reims. Para ello intentó un supremo esfuerzo, habiéndose dado cita á los combatientes, para mediados de mayo de 1424, en la línea del Loire. El rey envió quinientas lanzas italianas, otras tantas españolas, dos mil highlanders armados de hachas y otros tres mil mercenarios escoceses. De Auvernia, del Limousín, del Langüedoc, del Delfinado y hasta de Bretaña acudió gran número de nobles, y, por último, las guarniciones del Maine proporcionaron un contingente escogido de excelentes soldados. El total de aquellas fuerzas se elevaba á catorce mil hombres. Los ingleses, en extremo alarmados, movilizaron todos sus recursos y á lo sumo pudieron reunir diez mil combatientes.

La batalla decisiva se libró en 17 de agosto de 1424



Jetón con las armas del duque de Alenzón

en el ducado de Alenzón, junto á las murallas de Verneuil: Bedford mandaba el ejército inglés, y siguiendo la costumbre nacional, había dispuesto sus tropas detrás de una línea circular de estacas; los franceses cometieron la locura de atacarle sin siquiera haberse puesto de acuerdo entre sí, y una parte de ellos ni siquiera entró en combate, pues el barón de Coulonces, que no quería ceder el paso al duque de Alenzón, se mantuvo apartado de la lucha. Al principio, una carga de caballería introdujo el pánico entre los ingleses; pero los lombardos, con quienes se contaba para un movimiento envolvente, emplearon el tiempo en saquear los bagajes del enemigo. La marcha desordenada de la infantería francesa y el tiro rápido y preciso de los arqueros de Bedford acabaron de decidir la suerte de la jornada. Aquel desastre fué tan terrible como el de Azincourt; en él perdió Carlos VII más de siete mil hombres, el contingente escocés fué exterminado, y multitud de nobles perecieron ó cayeron en manos de los ingleses. El rey, que tan fácilmente se descorazonaba, cayó de nuevo en una apatía más triste que nunca.

No obstante, los ingleses no pudieron obtener de su victoria ventajas inmediatas, como tampoco las habían obtenido después de su triunfo de Azincourt, pues su acción quedó paralizada por la falta de dinero y por las locuras de Glocéster, quien por poco enciende una guerra civil en Londres. Detestaba este príncipe á su tío Enrique Beaufort, obispo de Winchéster y canciller, que le disputaba la dirección de los negocios en Inglaterra, y habiendo, á su regreso de los Países Bajos, encontrado ocupada la torre de Londres por las tropas del canciller, llamó á las armas á los ciudadanos, declarando que Winchéster quería usurpar la realeza. Estalló entonces un motín (30 de octubre de 1425), y el duque de Bedford vióse obligado á ir á Inglaterra para apaciguar la contienda y á permanecer allí diez y seis

meses (desde diciembre de 1425 á marzo de 1427).

Por esta razón las operaciones de guerra languidieron hasta 1428, tanto más cuanto que todavía duraba la tregua entre el rey de Francia y el duque de Borgoña. Los principales esfuerzos de los ingleses se concentraron alrededor de la provincia del Maine, al Noroeste de la cual quedaba todavía una fortaleza inexpugnable, el Mont-Saint-Michel, valientemente defendida por un grupo de doscientos hidalgos normandos y por los habitantes de la pequeña población situada á los pies de la abadía. El 24 de septiembre de 1424 los ingleses comenzaron un sitio en regla por tierra y por mar. Luis de Estouteville dirigió la defensa y organizó una pequeña flota de barcas con puentes, que durante las noches oscuras iba en busca de víveres ó hacia la guerra de correrías dirigida por un ciudadano del Mont, Ivón Prious, apodado Ola de Mar. Los bretones acudían, en caso de necesidad, á dar un golpe de mano: así en 16 de junio de 1425 los habitantes de Saint-Malo, tripulando sus embarcaciones, se apoderaron de toda la flota inglesa, compuesta de diez y nueve buques, y levantaron el bloqueo de Mont-Saint-Michel, cuya guarnición no dejó un momento de verse atacada hasta 1444, sin rendirse jamás.

Más afortunados habían sido los ingleses en sus operaciones al Nordeste del Maine, pues en su poder habían caído todas las plazas que defendían la provincia. Salisbury fué á poner sitio al Mans con nueve bombardas, y habiendo demolido á cañonazos sus murallas, rindióse la ciudad en 2 de agosto de 1425. Poco después los ingleses amenazaban el Anjou.

Bedford tenía un interés particular en reducir aquella provincia, que constituía la mejor parte del regalo que se había hecho dar por Enrique VI, y á su regreso de Inglaterra acarició durante algún tiempo el proyecto de concentrar sobre Angers las operaciones que al fin iban á comenzarse para asegurar el paso del Loira. En apoyo de su preferencia por Angers sobre Orleáns podía aducir razones plausibles: en primer lugar, la promesa hecha al duque de Orleáns, prisionero, de respetar sus dominios, y en segundo, las grandes dificultades que, al parecer, ofrecía la toma de las plazas del Gatinais. Hasta entonces habían fracasado todas las tentativas de los ingleses para apoderarse de Orleáns, y en 1427 sufrieron también una sangrienta derrota delante de Montargis, siendo puestos en desordenada fuga por Juan, bastardo de Orleáns (1), y La Hire.

El Consejo de regencia reunido en París en el verano de 1428 para trazar el plan de la futura campaña, decidió que era preciso apoderarse de Orleáns; esta plaza, situada en el ángulo del valle del Loira, era, al parecer, la indispensable base de las operaciones que se quería emprender para terminar la conquista de Francia.

Bedford, descontento de esta decisión, no acompañó al conde de Salisbury, que acababa de desembarcar en Calais con un ejército, y se estableció en Chartres, asumiendo solamente el cargo de organizador de los envíos de refuerzos y víveres. Salisbury atravesó lentamente la Beauce, sometiéndole á su paso todas las plazas que ha-

(1) Hijo de Luis, duque de Orleáns, y de Marieta de Enghien, que más tarde fué conde de Dunois.

brian podido tener en jaque á su retaguardia, y en 7 de octubre de 1428 llegó delante de Orleáns. Los franceses no parecían tener nada que oponer á aquella prudente y temible estrategia; su jefe militar, el condestable, estaba en desgracia, en guerra contra el favorito del rey, y con razón podían ellos decir, como un personaje del *Quadrilogo invecivo*: «Vamos como nave sin timón y como caballo sin freno.»

La esperanza de salvación, invisible todavía, pero que no debía tardar en aparecer, estaba en un movimiento de resistencia iniciado desde hacía mucho tiempo, que se manifestaba aquí y allí por hechos idénticos, sin mediar dirección ni connivencia, y que cada día se iba extendiendo más y más. Importa ahora explicar cómo ese movimiento de resistencia había nacido y se había manifestado desde la muerte de Enrique V y de Carlos VI.

CAPITULO III

LA RESISTENCIA NACIONAL. JUANA DE ARCO

I. Idea que de la dominación inglesa tenían formada los franceses.—II. Conspiraciones contra la dominación inglesa.—III. El sitio de Orleáns.—IV. Las victorias de Juana de Arco.—V. Sufrimientos y captura de la Doncella.—VI. Proceso y muerte de la Doncella.

I.—Idea que de la dominación inglesa tenían formada los franceses (1)

Los últimos acontecimientos del reinado de Carlos VI habían trastornado profundamente el ánimo de los franceses; cuando el mismo rey de Francia desheredaba á su hijo en provecho de un extranjero, era difícil que sus súbditos vieran claro en su propia conciencia. El partido borgoñón podía creerse el defensor del lealismo monárquico, y los armagnacs, por otra parte, nada hacían para calmar los odios que habían suscitado, así es que en tiempo de Carlos VII se les tenía aún como á una calamidad.

Sin embargo, desde el advenimiento de Enrique VI los sentimientos de una parte del partido borgoñón habían comenzado á modificarse. El Ciudadano de París, al describir los funerales de Carlos VI, deploraba que no hubiese habido «para acompañarle aquel día nadie de la sangre de Francia cuando fué llevado á Nuestra Señora de París, ni más señor que un duque de Inglaterra llamado el duque de Betefort. La plebe parisiense gritaba, cuando conducían el cadáver por las calles: «¡Ah, muy querido príncipe! ¡Jamás tendremos otro tan bueno! ¡No te veremos más! ¡Maldita sea la muerte! Ya no tendremos más que guerra, puesto que nos has dejado. Tú vas á descansar, y nosotros nos quedamos

(1) FUENTES.—*Journal d'un bourgeois de Paris*, Alain Chartier, *Oeuvres*, edición Duchesne, 1617. Roberto Blondel, *Complanctus honorum Galliarum*, en *Oeuvres*, edición Herón, tomo I, 1891.

OBRA DE CONSULTA.—Memorias de Grassoreille y de Soullie (citadas en el capítulo I, párrafo 3). Aug. Bernard, *Refus fait par les moines de Cluny de prêter serment à Henry VI*, «Revue des Sociétés savantes», 1867. S. Luce, *Le trésor anglais à Paris en 1431*, «Mémoires de la Société de l'histoire de Paris», tomo V. Guibal, *Le sentiment national en France pendant la guerre de Cent Ans*, 1875.

con gran dolor y tribulación.» Y añade el ciudadano que, al volver del entierro, cuando Bedford ordenó que delante de él, como regente, llevaran la espada del rey de Francia, «el pueblo murmuraba mucho (2).»

Aquel dolor ingenuo á la muerte de un rey loco que nada había hecho para que el pueblo estuviera satisfecho de él, aquel pesar por no ver en sus funerales á ningún príncipe de la sangre, aquella indignación contra las pretensiones de Bedford, todos aquellos sentimientos de que es indudablemente eco fiel el autor del «Diario», son síntomas de un nuevo estado de ánimo. El Ciudadano de París detesta á los armagnacs, pero no siente mayores simpatías por el duque de Bedford, «á quien se dice regente de Francia,» ni por Enrique VI, «que se llama rey de Francia y de Inglaterra.» Habla con marcado malhumor «de la consagración del rey, de sus justas y de sus ingleses,» y censura con acritud á menudo injusta los actos del nuevo gobierno. Tiene buen cuidado de decirnos que muchos parisienses son sordamente hostiles á los ingleses, y dice que cuando Bedford exigió en 1423 el juramento de fidelidad, «unos lo prestaron de buen grado y otros por fuerza.» Si niega á Bedford el título de regente, complácese, en cambio, en darlo al duque de Borgoña y en imaginarse que el verdadero señor es Felipe el Bueno: «(los de París le amaban tanto cuanto puede amarse á un príncipe.) Y se encoleriza al pensar que «nadie hace nada más que los ingleses,» y que el duque de Borgoña vive apartado «y para nada tiene en cuenta á todos los de París y del reino.»

En suma, la aplicación del tratado de Troyes había sembrado la discordia en el campo borgoñón. Los exaltados preferían la dominación de los ingleses á la de los armagnacs, pero estaban en minoría; la mayoría había contado con un gobierno capaz de restaurar la prosperidad pública y cuyo primer puesto ocuparía el duque de Borgoña, y veía defraudadas sus esperanzas.

Hemos visto, en efecto, que Bedford, más por necesidad que por carácter, se mostraba exigente y duro y era impotente para restablecer el orden en los países conquistados, con lo cual se enajenaba las simpatías de los borgoñones moderados y de los franceses, que, ajenos á los odios de los partidos y extenuados por trece años de guerra, reclamaban tan sólo un poco de seguridad y menos gravosos impuestos. Estos últimos eran sin duda alguna muy numerosos. Aquellos magistrados municipales y aquellos maestros jurados que pedían al regente la confirmación de los privilegios de su ciudad ó de su corporación, no pertenecían todos al partido de los borgoñones; y aquellos prelados que defendían contra los ingleses las libertades eclesiásticas y negaban los subsidios al duque de Bedford, no eran todos armagnacs (3). Había en el reino mucha gente, atenta

(2) *Journal d'un bourgeois de Paris*, párrafos 362 y 370. Este supuesto ciudadano de París, cuyo diario ofrece el mayor interés, era en realidad un eclesiástico.

(3) Si se interpretan desapasionadamente todos los actos de la mayor parte del alto clero del Norte del Loira, se ve que éste no hizo, por lo menos después del advenimiento de Enrique VI, ninguna oposición sistemática al gobierno inglés. En 1427, el baile de Saint-Gengoux intimó al abad de Cluny á que jurara el tratado de Troyes; el abad se negó á ello y envió al baile una extensa memoria justificativa. M. Aug. Bernard ha querido ver en ello un acto de patriotismo, pero en la memoria del abad no hay una sola

sólo á sus intereses, que habría aceptado el régimen inglés, pero que se iba apartando de él porque sus intereses con él se perjudicaban.

Finalmente, había en todas partes, así en los países de obediencia inglesa como en los más apartados rincones del reino de Bourges, corazones de héroes resueltos á luchar sin cuartel contra el extranjero. Los alegatos que entonces se compusieron en pro de la buena causa, como los de Roberto Blondel y Alain Chartier, expresaban un verdadero sentimiento nacional. Tal vez ninguna de aquellas exaltadas obras circuló entre los defensores del suelo patrio; pero puede creerse que reflejan lo que muchos sentían y querían.

La *Lamentación de los buenos franceses*, del normando Roberto Blondel, fué escrita allá por el año 1420 «por el honor de Dios, de la justicia y del rey de Francia Carlos VI y de su hijo único, el delfín Carlos, porque el dicho rey fué entregado cautivo á manos de los ingleses, y no sólo él, sino que también su reino, por manos de Juan, hijo de Felipe, duque de Borgoña.» Este corto poema latino es el grito de odio de un armagnac contra los borgoñones y los ingleses; usando de los mismos argumentos que Juan Petit había desarrollado hacía poco para justificar el asesinato de Luis de Orleans, Blondel declara que Juan *Sin Miedo* mereció ser asesinado porque era un tirano.

Más alta inspiración encontramos en las obras de Alain Chartier, en su *Carta á la Universidad de París*, en sus opúsculos latinos sobre las desdichas de Francia y sobre todo en su famoso *Cuadrilogo invectiva*, obras declamatorias y algo pedantes, pero en las cuales las reminiscencias clásicas en nada perjudican á la sinceridad de su autor, que realmente sufre y vibra.

El *Cuadrilogo* fué compuesto en 1422. Alain Chartier ve en sueños á «Dama Francia» en forma de mujer de noble aspecto y de porte señorial; sus vestiduras están cubiertas de simbólicas imágenes que recuerdan las hazañas de los príncipes franceses, las ciencias «con que las inteligencias se ilustran» y la fertilidad de una tierra productiva. Pero aquellas hermosas vestiduras están ajadas y rotas y sobre los rubios cabellos de la da-

palabra de rebeldía. El abad se lamenta de que le exijan un juramento, cual si le tuvieran por sospechoso, cuando todos los abades de Cluny han sido siempre fieles y obedientes al rey; explica por qué se niega á prestar ese juramento, á saber, porque desea permanecer «en abstincencia de guerra,» ya que, de lo contrario, la iglesia de Cluny se vería arrastrada en la total destrucción; y dice que si le dejan permanecer neutral rezará, con todos sus monjes, por el Estado, por el regente, por el muy temido rey Enrique y por el baile de Saint-Gengoux. La resistencia que el clero de Champaña y de Picardía opuso á las exigencias fiscales de Bedford, en 1423, no demuestra que quisiera favorecer al delfín; con ella se proponía únicamente defender los privilegios eclesiásticos. Aquel mismo año vemos al cabildo de Laón reclamar un nuevo obispo en sustitución de Guillermo de Champeaux, que abandonó su diócesis para seguir á Carlos VII. En 1428, Bedford pide á los prelados reunidos en concilio en París, «que los subsidios que es costumbre exigir á los laicos sean impuestos también al clero» (Hardouin, *Acta conciliorum*, tomo VIII, columna 1035), y el concilio contesta que el regente hará bien en considerar las espantosas desgracias que han caído sobre los príncipes perseguidores de la Iglesia, y alegando la pobreza del clero toma pie de ella para quejarse de las gentes de guerra, y termina asegurando que la Iglesia está enteramente dispuesta á dar sus oraciones para la prosperidad del reino, fórmula cuya ambigüedad no parece haber sido de intento calculada.

ma vacila una corona de oro á punto de caer. Francia, de pie delante de un rico palacio en ruinas, está rodeada de sus tres hijos, Nobleza, Clero y Tercer Estado, á quienes dirige duras invectivas:

«¿Qué palabras bastante ásperas podré emplear para echaros en cara vuestra ingratitud para conmigo? Porque puedo deciros que, después del lazo de fe católica, la Naturaleza os ha obligado ante todo á la salvación común del país donde nacisteis y á la defensa de aquel señorío donde Dios os ha hecho nacer y vivir. Tan próximo é inseparablemente arraigado está en los corazones enteros el amor natural del país, que el cuerpo tiende á volver á él de todas partes como á su sitio propio: el corazón halla en él la habitación que le es más agradable, la vida y la salud crecen en él y se mejoran y en él busca el hombre su seguridad, su paz, su refugio, el reposo de su ancianidad y su última sepultura.»

Los tres Estados contestan con mutuos reproches, acusándose uno á otro de la común desgracia, y Francia suplica á sus hijos que mantengan entre sí la paz y que imiten á las abejas, las cuales «exponen su vida por guardar el señorío de su rey.»

Un opúsculo anónimo, escrito después de la publicación del tratado de Troyes, la *Respuesta de un francés bueno y leal al pueblo de Francia de todos los Estados*, contiene una crítica muy bien razonada del pacto de 1420. Carlos VI no era libre cuando firmó, puesto que estaba en manos de sus «antiguos enemigos mortales;» además encontrábase enfermo, tanto, que Enrique V reclamaba la regencia del reino. «¿Cómo, pues, ha podido el rey, postrado y enfermo, consentir y conceder válidamente cosa tan grande como es todo el reino de Francia?» Aunque hubiese estado en plena posesión de sí mismo y hubiese tenido la ciencia de Salomón, no tenía el derecho de desheredar á su hijo y á toda su línea, porque no tenía sobre el reino tal poder. Carlos es, por consiguiente, el verdadero heredero de la corona, y el tratado de Troyes es injusto é intolerable y debe ser combatido é impedido por todo buen cristiano (1).

Existían, pues, algunas almas abiertas á concepciones generosas de derecho y de justicia, y el odio á los ingleses, aparte de los intereses lastimados, era hijo de una idea de reprobación contra la iniquidad del tratado de Troyes. En los corazones, el sentimiento de la patria crecía confundido con la lealtad monárquica.

II.—Conspiración contra la dominación inglesa (2)

Los ingleses vivían en perpetua inseguridad en todas las provincias que ocupaban. París era la ciudad borgoñona por excelencia, tanto que Alain Chartier la denominaba con tristeza la *ciudad criminal*, y sin embar-

(1) Este opúsculo ha sido publicado por De La Barre, *Mémoires pour servir á l'histoire de France et de Bourgogne*, 1729. M. Viollet, que, según parece, no lo conoció, ha analizado tratados de años posteriores en donde se plantea casi del mismo modo el principio de la inmutabilidad del derecho de sucesión en la casa de Francia (*Comptes rendus des séances de l'Académie d'Inscriptions*, 1895). Véase también Pechenard, *Jean Juvenal des Ursins*, pág. 167.

(2) FUENTES.—Longnon, *Paris pendant la domination anglaise. Journal d'un bourgeois de Paris. Chronique* de Pedro Cochon. Tomás Basin, *Histoire de Charles VII*, libro II. *Chronique*

go, aun en vida de Enrique V y de Carlos VI, algunos habitantes de la misma habían conspirado en favor de los armagnacs. Inmediatamente después del advenimiento de Enrique, redobláronse las intrigas secretas: un rico ciudadano, Miguel de Lailler, maestro de la Cámara de las Cuentas á quien el Consejo de Enrique VI había confiado la ejecución del testamento de Carlos VI, tramó una nueva conspiración; pero fué descubierta, y si bien él pudo escapar, la mayor parte de sus cómplices fueron decapitados. A pesar de tales rigores continuaron las maquinaciones en 1423 y 1424, y Bedford, después de su victoria de Verneuil, hubo de ordenar nuevas ejecuciones. Dos meses más tarde tuvo el regente otro disgusto: los parisienses se amotinaron y sólo el duque de Borgoña tuvo autoridad bastante para calmarlos.

Ya hemos visto que, en previsión del caso en que Carlos VII recobrara su reino, los ingleses se proponían conservar en su poder la Normandía, á la cual guardaba Bedford consideraciones especiales; y sin embargo, no cesó en aquella provincia la resistencia. Muchos nobles, después de haber defendido palmo á palmo sus castillos contra el invasor, abandonaron sus tierras para ir á batirse á la frontera de la provincia. En el vizcondado de Pont-de-l'Arche no quedaba un solo noble francés; multitud de plebeyos despojados de todo se expatriaron marchándose al país armagnac, y Colin Bouquet y su mujer, naturales del país de Caux, fueron á establecerse al Langüedoc para «huir de la sujeción de los ingleses.» Otros normandos en gran número, que se habían quedado en su provincia, continuaron la lucha heroica que en otro tiempo habían sostenido contra las tropas de Enrique V. Los ingleses provocaban, por decirlo así, la resistencia de los habitantes con la escasez de sus guarniciones, pues Bedford, en su deseo de llevar sus conquistas hacia el Sur, desguarnecía cada vez más las ciudades y los castillos normandos. Había allí unas cincuenta plazas fuertes entre las cuales, en muchas ocasiones, sólo podían repartirse cuatrocientos hombres de armas y mil doscientos arqueros. Si los franceses hubiesen tenido un rey capaz de dirigirles, los ingleses habrían sido en poco tiempo expulsados de Normandía.

Los esfuerzos de los normandos continuaron siendo fragmentarios, incoherentes, y esta fué en todas partes la característica de la resistencia nacional antes de Juana de Arco. La lucha revisió la forma de guerra de partidas que señaló el obispo de Lisieux, Tomás Basin, y que tantas dificultades creó á los ingleses, según se desprende de los documentos de los archivos. «Además

du Mont-Saint-Michel, tomo I (numerosos documentos de archivos publicados por S. Luce). Monstrelet, tomo IV.

OBRAS DE CONSULTA.—Trabajos de Carlos Beatrepaire, Pui-seux, Cheruel, padre Carlos, citados en la bibliografía del capítulo I. G. Lefevre-Pontalis, *La guerre de partisans dans la Haute-Normandie* (en curso de publicación en la «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes» desde 1893. Este estudio nos ha servido muchísimo). Rioul de Neuville, *Resistances á l'occupation anglaise*, «Bulletin de la Société des Antiquaires de Normandie», tomo XVI, 1892. Enrique Vautier, *Caen et le bailliage de Caen sous la domination anglaise*, «Thèses de l'Ecole des Chartes», 1894. De Belle-val, *Le Ponthieu après le traité de Troyes*, 1861. C. Lavirotte, *Odette de Champdivers á Dijon*, «Mémoires de l'Académie des Sciences de Dijon», 2.^a serie, tomo II, 1852-1853.

de las gentes, dice Basin, que guerrecaban por la causa francesa, en verdad de una manera irregular y sin sueldo, pero prestando el servicio de guarnición en las plazas fuertes y en los castillos de la obediencia del rey de Francia, había otras innumerables, desesperadas, perdidas, que abandonaban sus campos y sus casas, no para habitar en las plazas fuertes y en los castillos de los franceses, sino para esconderse como lobos en la espesura de los bosques.» En todas partes se formaron partidas irregulares, armadas de cualquier modo y montadas cuando podían apoderarse de los caballos de los ingleses. Varios reclutadores recorrían la comarca en busca de compañeros, y su tarea resultaba fácil á consecuencia de la exasperación que producía la conquista, de la miseria general y del espíritu aventurero y de la afición al bandolerismo entonces dominantes. En aquellas partidas encontrábanse reunidos hombres de todas condiciones, pero sobre todo aldeanos, porque la población rural no podía con las cargas que sobre ella pesaban, tales como los impuestos votados por los Estados, las exigencias de los nuevos señores y las exacciones de las gentes de guerra. Había también obreros, monjes escapados de sus conventos é hidalgos que, como Roberto de Carrouges, propietario de hermosas heredades en la Baja Normandía, estaban por su experiencia militar llamados á ser jefes de la compañía. Este Roberto vendió repentinamente, en 1424, todos sus bienes á vil precio, arrastró consigo á algunas perso- 1424 nas de la comarca, entre ellas un dependiente de procurador y un herrador de caballos, y formó una partida que combatió bajo sus órdenes. Lo propio hizo dom Juan de Guiseville, monje benedictino de Preaux, que se fugó para ponerse al frente de una compañía, y si bien regresó una vez á su abadía, fué para sacar de ella á siete religiosos que aumentaron su partida.

Estas guerrillas eran el terror de los ingleses y de los «franceses renegados» que habían admitido los favores del extranjero. A veces trababan verdaderos combates, pero generalmente hacían una guerra de sorpresas y de golpes de mano: los exploradores anunciaban el paso de los viajeros por los caminos reales, y los guerrilleros se apoderaban de los correos y desbalijaban á los recaudadores de impuestos. De cuando en cuando capturaban á algún personaje de importancia, y en este caso se enviaba al prisionero escoltado al través de toda la Normandía, hasta las primeras avanzadas francesas. Y luego se reían de las tretas jugadas á los «imbéciles,» y si había botín se lo repartían. Su resistencia era, sin embargo, muy dura; se les perseguía como á fieras, y los ingleses, para descubrirles, lanzaban perros en los bosques en donde se escondían, y además daban seis libras (1) á cualquiera que capturara á uno de ellos. Las traiciones, sin embargo, eran raras; los guerrilleros encontraban en todas partes cómplices; las campesinas les llevaban víveres; los curas rurales servían de intermediarios y adquirían noticias, y los barberos acudían á cuidar á los heridos á pesar de que toda asistencia prestada á los bandidos, como los ingleses les llamaban, traía aparejada la pena de muerte y de que las mujeres convictas de haberles facilitado vituallas eran enterra-

(1) La libra tornesa, que era una moneda imaginaria, equivalía en 1435 á 31 gramos de plata (6 francos 85 céntimos de la moneda actual, sin contar el valor relativo de la plata).

das vivas al pie de las horcas. En cuanto á los guerrilleros, Tomás Basin asegura que diez mil de ellos fueron ejecutados y los recibos de los verdugos que se conservan parecen atestiguar la veracidad de este dato. Pero de nada servía todo ello. El propio Tomás Basin refiere que, discutiendo varios capitanes ingleses de sobremesa acerca de los medios para acabar con aquel bandolerismo y habiendo preguntado su opinión á un sacerdote, éste les respondió que en su concepto sólo había uno, y era que todos los ingleses salieran de Francia, pues entonces los bandidos desaparecerían inmediatamente.

Aun dentro de la misma ciudad de Ruán tenían los guerrilleros afiliados que en diversas ocasiones, antes y después de la batalla de Verneuil, proyectaron hacer entrar en la población partidas armagnacas. El alma de aquellos complots era un hombre rico y notable, Ricardo Mittes, comerciante en maderas al por mayor, asentista por cuenta del gobierno inglés, que contaba entre sus cómplices á algunas personalidades importantes, entre ellos el famoso arquitecto de Saint-Ouen, Alejandro de Berneval.

Los hilos de todas aquellas intrigas iban á parar á la corte de Bourges, en donde desgraciadamente no había nadie para manejarlos con alguna destreza. Antes de la batalla de Verneuil, las buenas ciudades normandas enviaban á Carlos VII emisarios disfrazados para asegurarle que «cuando le pluguiera venir sería bien recibido.» La primavera de 1424 fué un momento de agitación general y de grandes esperanzas en Normandía. En la mañana de la batalla de Verneuil, una parte del contingente normando desertó del campo inglés, y habiendo sido al principio el combate favorable á los franceses, propagóse la noticia de una victoria definitiva y en una vasta región, hasta Pont-Audemer y hasta Vire, los aldeanos se sublevaron y asesinaron á los soldados ingleses que en los comienzos de la acción habían emprendido la fuga. Si la batalla hubiese concluido como había empezado, Carlos VII habría sometido toda la Normandía con sólo presentarse en ella.

Aunque la toma del Mans (2 de agosto de 1425) parecía haber completado la conquista del Maine, los ingleses encontraron en aquella provincia la misma resistencia que en Normandía. Gracias á la complicidad de los ciudadanos, del obispo Adam Chastellain y de su clero, un partido francés ocupó en 1428 el Mans durante algunos días; pero el inglés Talbot reconquistó la ciudad, saqueó las iglesias y mandó ejecutar á un cierto número de habitantes en el atrio de San Julián.

La alianza de Felipe *el Bueno* con Enrique V había indignado á muchos champañeses y picardos: en Reims el clero estaba dividido: el superior de los Carmelitas, Guillermo Prieuse, denunciado por sus conceptos sediciosos, declaró delante del teniente del capitán de Reims que «ningún inglés sería rey de Francia, aun cuando ya lo fuese.» El cronista Chastellain, hablando de los habitantes de Abbeville, dice: «Dispensaban mucho favor al joven duque (Felipe *el Bueno*) y á su partido, sin querer ser ingleses.» El arrogante despotismo del lugarteniente escogido para gobernar la Picardía, Juan de Luxemburgo, provocó la formación de una verdadera liga: algún tiempo antes de la batalla de Verneuil, Car-

los de Longueval y otros señores se reunieron en Roye y tramaron una conjuración declarándose en favor de Carlos VII, y por más que Juan de Luxemburgo reprimió duramente aquella sedición, no renació en muchos años la seguridad en Picardía, tanto que en un viaje de Amiéns á Doullen Bedford estuvo á punto de caer en una emboscada de guerrilleros.

El pacto concertado entre Felipe *el Bueno* y los ingleses había levantado grandes protestas en la misma Borgoña: los ciudadanos de Dijón sólo á la fuerza juraron el tratado de Troyes; los de Langres estaban animados de iguales sentimientos, y familias ilustres, como por ejemplo la casa de Châteauevillain, hacían una sorda oposición á la alianza inglesa. La crónica de Jorge Chastellain, consejero é historiógrafo de Felipe *el Bueno*, es posterior á aquella época, pero refleja sin duda fielmente el modo de sentir permanente de la aristocracia borgoñona; pues bien, Chastellain exalta por encima de todas las demás naciones á Francia, «donde naturalmente debe estar el trono de las glorias y de los honores mundanos,» y se muestra muy duro con los ingleses (1).

La antigua amante de Carlos VI, Odeta de Champdivers, retirada entonces en su país de Saint-Jean-de-Losne, enteraba á Carlos VII de las disposiciones de los borgoñones, diciéndole que tal señor podía ser fácilmente atraído á su causa y tal ciudad ser fácilmente tomada. Un fraile franciscano, Esteban Charlot, hacía por su parte viajes secretos á Bourges. Pero cierto día Charlot y Odeta fueron detenidos y encarcelados.

De manera que en todas partes los franceses conspiraban ó combatían contra el extranjero, y los ingleses no poseían, en completa seguridad, una sola pulgada de territorio; pero las conspiraciones y las batallas eran todavía, las más de las veces, acontecimientos locales, independientes unos de otros. El sitio de Orleáns fué el momento crítico en que todos esos esfuerzos aislados y desordenados se concentraron y convirtieron en resistencia nacional.

III.—El sitio de Orleáns (2)

El ejército que los ingleses destinaban al sitio de Orleáns era muy inferior en número á los que había reunido Enrique V para la conquista de la Normandía. El conde de Salisbury no había traído de Inglaterra más que 2.700 hombres, y con el contingente reunido en Francia el efectivo total de los combatientes no pasaba quizás de 3.000, descontadas las tropas proporcionadas por el duque de Borgoña y que éste retiró antes de que concluyera la campaña.

La fuerza de los ingleses estribaba en su excelente organización militar, que se mantenía intacta, y sobre todo en la inercia de Carlos VII. En vano los Estados reunidos entonces en Chinón suplicaron á éste que se

(1) Obras de Chastellain, tomo II, pág. 160. Véase también el prólogo de la Crónica, tomo I, págs. 6-9.

(2) FUENTES Y OBRAS indicadas en detalle en Lanery d'Arc, *Bibliographie des ouvrages relatifs à Jeanne d'Arc*, 1894, números 870 á 916. Posteriormente se han publicado: *Journal du siège d'Orléans*, nueva edición (importante) por Charpentier y Cuissart, 1896. Padre Dubois, *Histoire du siège d'Orléans*, publicada por los mismos, 1894. Anatolio France, *Le siège d'Orléans*, «Revue de Paris», 1902.

reconciliase con Richemont, que reuniese en torno suyo á toda la nobleza y que hiciese un esfuerzo supremo para recuperar su soberanía por «todos los medios y vías posibles.» La Tremoille reinaba, y á su antojo se derrocharon los quinientos mil francos votados por la asamblea de Chinón. Orleáns no fué completamente abandonada, pero cuantas tentativas se hicieron para socorrer á la ciudad pecaron de falta de cohesión, de consecuencia y de dirección.

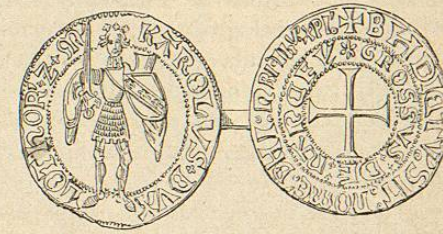
Por fortuna Orleáns era una de las plazas más fuertes del reino, pues desde hacía doce años los trabajos de fortificación absorbían las tres cuartas partes de sus rentas. Formaba la ciudad, al Norte del Loira, un rectángulo rodeado de sólidas murallas y de anchos fosos y puesto en comunicación con la orilla izquierda del río por un hermoso puente de diez y nueve arcos; por el Sur defendían su entrada una obra de tierra, construída en la orilla izquierda, el «baluarte de las Torrecillas,» un foso por donde corrían las aguas del Loira, la «fortaleza de las Torrecillas,» edificada en el estribo del puente, la «fortaleza de San Antonio,» levantada en el centro de éste, y, finalmente, la puerta de Santa Catalina, provista de torres y baluartes. Por último, la ciudad poseía un antiguo tren de máquinas de guerra y una artillería nueva compuesta de setenta y un cañones.

En cuanto supieron que estaban amenazados de un ataque, los habitantes todos de Orleáns acudieron, azadón en mano, á terminar las fortificaciones; los más ricos llevaron á las Casas Consistoriales sus reservas de víveres y su dinero, que fueron puestos en común, y varios ciudadanos, formando comisiones de dos individuos cada una, llegaron hasta el Borbonesado y el Langüedoc en demanda de ayuda á las municipalidades (1). Tours, Bourges, Poitiers, la Rochela y Montpellier enviaron municiones y vituallas. Todos los que querían ir á defender Orleáns eran mantenidos por cuenta de la ciudad. El abad de Cercanceaux, que había estudiado en aquella Universidad, compareció al frente de una partida de guerrilleros, y una multitud de capitanes franceses, españoles, italianos y escoceses presentaron allí á ofrecer sus servicios. Gracias á estos refuerzos y á la educación militar de los paisanos, Orleáns pudo oponer al enemigo fuerzas por lo menos iguales. La defensa fué dirigida por el bastardo de Orleáns, en representación del duque, su hermano, y por el gobernador Raúl de Gaucourt.

Salisbury quería situarse en la orilla derecha del Loira, pero para cortar la comunicación de los sitiados con el Mediodía de Francia, los ingleses empezaron por tomar por asalto la fortaleza de las Torrecillas, que estaba en la orilla derecha. Salisbury, herido en la cabeza en la tarde misma de su victoria (24 de octubre de 1428), murió tres días después. Las hostilidades quedaron suspendidas por algún tiempo, de lo cual se aprovecharon los orleaneses para arrasar sus hermosos arrabales de la orilla derecha, en donde habría podido instalarse el enemigo; de este modo fueron destruídas veintiuna iglesias levantadas extramuros. El día 30 de diciembre presentaron los ingleses en aquella

(1) Los notables de Tolosa deliberaron sobre este particular en 13 de abril de 1429, y determinaron que su ciudad «non habet de quibus.» («Annales du Midi», 1889, pág. 232.)

orilla, comenzando un sitio en regla, cuya dirección compartieron Guillermo de la Pole, conde de Suffolk, el famoso Juan Talbot y lord Scales. Los sitiadores, á fin de estrechar el cerco, comenzaron inmediatamente la construcción de fuertes alrededor de la ciudad, y los orleaneses no pudieron arrojarles de ellos. En Orleáns los víveres disminuían; en cambio los ingleses eran continuamente abastecidos. A principios de la Cuaresma supose que Falstaff conducía desde París un convoy de trescientos carros cargados principalmente de arenques; entonces los franceses proyectaron un golpe de mano con el concurso de un ejército real salido de Blois. Falstaff fué atacado en la llanura de Rouvray, pero la indisciplina de los franceses les costó una nueva derrota, á pesar de la superioridad de fuerzas. Aquella bata-



Moneda de Carlos II, duque de Lorena

lla se denominó «la jornada de los Arenques» (12 de febrero de 1429), y desde aquel momento Orleáns dejó de recibir socorros.

A los cuatro lados de la ciudad alzábanse entonces fortalezas: en la orilla izquierda las Torrecillas estaban reforzadas por el fuerte de los Agustinos y por dos baluartes; en la derecha elevábanse, casi tocando al Loira, las fortalezas de San Lorenzo y San Lupo, la primera al Oeste de la ciudad, en dirección de Blois, y la segunda al Este; y por último, al Norte de la plaza sitiada terminábase la fortaleza de París. Una serie de baluartes construídos por el lado del camino de Blois ponía en comunicación los fuertes de París y San Lorenzo; al Nordeste, entre los de París y San Lupo, las obras de sitio estaban apenas comenzadas, porque por aquella parte no temían los ingleses verse atacados por los armagnacs.

Abandonados por el rey de Francia y estrechados tan de cerca por el enemigo, los orleaneses pidieron á Felipe *el Bueno* que tomara en prenda la herencia de su primo Carlos de Orleáns. El duque de Borgoña incurrió en la candidez de creer que los ingleses le cederían la plaza, y marchóse á París para conferenciar con el regente, el cual le respondió que «se irritaría mucho si otros se llevaban los pájaros después de haber él ojeado las malezas.» Felipe *el Bueno* retiró entonces su contingente, pero su cólera había de ser de muy corta duración.

Parece cierto que Carlos VII tenía noticia de esas negociaciones entre los orleaneses y el duque de Borgoña, y las aprobaba, y escuchaba sin indignarse á sus consejeros que le invitaban á huir al Delfinado ó á Castilla ó á Escocia; pero aún no había motivo para desear. En efecto, á medida que los ingleses extendían su conquista, salían nuevos enemigos: unos refuerzos enviados por el regente después de la jornada de los Arenques no pudieron llegar hasta Orleáns, pues se vieron detenidos por un levantamiento general de aldea-